

LA REVOLUCIÓN CUBANA, LA CRISIS Y LA REARTICULACIÓN DEL CONSENSO

Jorge Hernández Martínez

Cuba y la Revolución son temas de constante atención mundial, especialmente en América Latina, despertando amores y odios, explicaciones y especulaciones. Se les atribuyen todo género de virtudes y defectos. No es posible esperar una mirada aséptica, imparcial o posturas intermedias.

Cuando tienen lugar coyunturas que parecen anunciar la llegada de la explosión social que algunos aguardan, como momento final o agónico del proceso revolucionario, dicha atención se acrecienta al punto de ocupar el centro de los análisis de las ciencias sociales y medios de comunicación tradicionales, del discurso político de gobiernos, partidos y movimientos sociales, tanto de izquierda como de derecha. Ese ha sido el caso de los hechos del 11 de julio. Lo acontecido alrededor de ese día y de sus repercusiones ha abierto un huracán polémico dentro de la ya muy aguda guerra ideológica que viene desarrollándose desde hace tiempo. Una de sus consecuencias es que resulta casi imposible distinguir, para el observador externo e incluso para el interno, entre lo real y lo manipulado, entre el rostro verdadero y las máscaras que se le colocan al proceso revolucionario. La hostilidad sistemática y la profusa avalancha mediática, con informaciones, desinformaciones, noticias falsas o *fake news*, hace difícil identificar la dimensión de lo que está ocurriendo en Cuba.

El presente trabajo procura ubicarse, desde el ángulo del pensamiento crítico latinoamericano, comprometido con la Revolución y con la verdad, entre la amplísima y diversa literatura que se concentra en detalles y personajes, construyendo un cuadro anecdótico, episódico, que en sentido general, descuida o no pondera adecuadamente antecedentes y contextos. Más que análisis e interpretaciones, los textos escritos y los trabajos audiovisuales enfatizan la dramaturgia y el espectáculo de los disturbios y protestas. El objetivo no es abordar esa coyuntura, la del 11 de julio, cuyos efectos son, aún, objeto de pesquisa. La situación no puede entenderse en términos de una narrativa sobre esa coyuntura, como un reportaje periodístico o un minucioso relato. Es necesario analizar el contexto de condiciones y factores dentro del cual aconteció la misma. Los acontecimientos de ese día se asumen sólo como puntos de referencia para reflexionar y formular hipótesis sobre la sociedad, la política y la ideología en Cuba, con un sentido más amplio. Se examina

con sucinta mirada sociológica el contexto, su dinamismo, sus cambios y contradicciones, tratando de interpretar el proceso fundamental que tiene lugar: un reacomodo o una rearticulación del consenso político. Para ello, el análisis se concentra en diez puntos, a manera de claves analíticas, sin pretensiones de exhaustividad ni de conclusividad. Se trata de notas para el debate.

1. El desenvolvimiento de la situación referida fue resultado de un acto subversivo fabricado, como parte de la estrategia desestabilizadora aplicada desde larga data por Estados Unidos, remozada a través del tiempo ante los nuevos escenarios y enriquecida con los desarrollos tecnológicos, cuya viabilidad fue posible porque estaba dado el contexto para ello. Los factores internos fueron importantes. La coyuntura del 11 de julio fue consecuencia y expresión de las condiciones en las que venía discurriendo y discurre el proceso cubano, con determinaciones económicas y sociales, políticas e ideológicas, amontonadas en la historia revolucionaria reciente y no tan reciente.

2. La coyuntura del 11 de julio debe leerse a la luz de los efectos acumulados a través de los años y de la combinación de condiciones objetivas y subjetivas. Ello desemboca en un clima de malestar e irritación popular, que ya venía cristalizando. Desde el punto de vista psicosocial e ideológico se manifestaba con la fatiga y el cansancio de la gente a causa de las grandes dificultades de la vida cotidiana. La dinámica política que rodea tales acontecimientos se define por la interacción dialéctica entre la Revolución y la hostilidad norteamericana. En esa relación contradictoria, la subjetividad —el consenso incluido—, no puede permanecer al margen. Recibe y expresa la resaca.

3. En el paisaje más reciente están presentes varios factores que condicionan los acontecimientos: la reproducción de la marginalidad y el deterioro social en barrios empobrecidos; crecientes dificultades para conseguir alimentos y medicamentos; deterioro en acenso de la situación sanitaria después de varios meses de una política muy exitosa contra la pandemia de la COVID-19, con el consiguiente saldo psicológico negativo, derivado del necesario distanciamiento físico y aislamiento social. Aunque el gobierno no desconocía esa situación, quizás fue insuficiente la conciencia o valoración sociológica de la envergadura de la irritación y el disenso, junto a problemas con la efectividad de la estrategia comunicativa, en vías de perfeccionamiento,

a pesar de los esfuerzos en tal sentido, que conjugan aciertos y errores. La dirección de la Revolución atiende hoy con prioridad estas situaciones, en un proceso transparente de amplia participación democrática.

4. Los disturbios del 11 de julio consistieron esencialmente en actos provocadores de desobediencia civil con implicaciones de desorden público, violencia y desacato a la autoridad, ejecutados a través de elementos marginales y antisociales, enlazados con la contrarrevolución interna. Desde luego que poseen una connotación política, pero ella se desdibuja con la sordidez y el vandalismo que prevaleció. Tienen como antecedentes otros hechos, de factura un tanto parecida, en menor escala, que acontecieron en los últimos meses de 2020, muy difundidos, como el del barrio de San Isidro y el del 27 de noviembre en el Ministerio de Cultura. En esencia, se trataba de manifestaciones de anomia, entendidas como apartamientos de las normas sociales vigentes, como disfuncionalidades o desviaciones del patrón de comportamiento establecido en la sociedad cubana. Desde 2016 se advertía la construcción de un nuevo tipo de contrarrevolución, asentada en el espacio digital y que utilizaba las redes sociales para posicionarse en la sociedad civil y superar sus insuficiencias. En Cuba, la oposición contrarrevolucionaria ha carecido de envergadura cualitativa y cuantitativa. No ha logrado una implantación pública suficiente como para convencer a la ciudadanía e insertarse en el escenario político legal como opción creíble. Ha sido incapaz de capitalizar el descontento y la insatisfacción generada al interior de la sociedad civil. Es antisistémica y antigubernamental. No le reconoce legitimidad al poder revolucionario ni a sus instituciones. Claro que nada de eso es nuevo. Era así desde los años de 1990, con los grupúsculos de derechos humanos, y con otros, que intentaron convertirse en embriones de partidos opositores, y desde el decenio de 2000, con las Damas de Blanco. Con alguna que otra excepción, la contrarrevolución posee una impronta abiertamente antipatriótica. Buena parte de ella recibe financiamiento del gobierno de Estados Unidos, con participación de su Embajada en La Habana, apoya el bloqueo y la invasión externa, presuntamente humanitaria. Lo nuevo es que quizás haya sido ahora la primera vez que, en el fértil terreno de la situación configurada últimamente, logra articular una interlocución con los sujetos a los que ha dirigido su discurso, buscando respaldo a sus limitados e impopulares esfuerzos por conseguir levantamientos relativamente masivos.

5. Cuba se encuentra en una crisis prolongada, que no se proyecta, sin embargo, como una crisis de gobernabilidad. El sistema político posee funcionalidad y capacidad de maniobra mostrada para lidiar con situaciones adversas. El poder revolucionario conserva su lugar y papel

hegemónico. En el país se vive, más allá del 11 de julio, en total tranquilidad y normalidad cotidiana. Nada que ver con lo que se difunde en las redes sociales. En las calles: peatones, filas o colas, transportes públicos (buses, autobuses, camiones, busetas, colectivos, guaguas), carros, motos, bicicletas. Ni disturbios o protestas como práctica consuetudinaria.

6. El consenso político, entendido como respaldo mayoritario, no como unanimidad, experimenta el desgaste de una dinámica como la aludida, definida por la continuidad del poder revolucionario durante seis décadas. Es un consenso agrietado, erosionado, en proceso de reconstrucción o redefinición. Comprende apoyo y unidad, pero también conflicto y disensión. Al abordar este proceso, no pueden obviarse los matices. Las discusiones previas sobre la nueva Constitución de la República y su ulterior aprobación mayoritaria por la población cubana, constituyen un indicador de elevado nivel consensual, que no desdén votos en contra ni abstenciones. No es posible hablar de consenso al margen de los sujetos que con sus acuerdos y discrepancias lo integran. La sociedad cubana actual es como un gran mosaico de sujetos individuales y colectivos diversos, con niveles y calidades de vida, aspiraciones e intereses, entre obreros, campesinos, intelectuales, profesionales, población urbana y rural, asalariados en el sector estatal o el privado, cooperativistas y propietarios pequeños o medianos. Poseen representaciones e intereses distintos. Junto a esas distinciones clasistas y profesionales, están las sociodemográficas, las de género, raza, edad, que diferencian a negros, mestizos, blancos, mujeres, hombres, gays, lesbianas, transexuales, jóvenes y viejos. Entonces, atendiendo a lo expuesto, parece más cercana a la realidad la consideración de que en Cuba el consenso no se ha fracturado o hecho pedazos, como lo presenta la literatura predominante, sino que se ha resquebrajado o agrietado. De ahí que sea pertinente hablar, con una perspectiva dialéctica, de su rearticulación, reconstrucción o reacomodo. La idea principal es que no se ha destruido o partido en pedazos, como tampoco sería adecuada la idea simplista, expresada con sentido metafórico, de que con determinado pegamento ideológico se puede recomponer. Lo que está en juego es un ejercicio de creación crítica, para el que no existen recetas. ¿Qué queda fuera del consenso en Cuba? Quedan fuera las proyecciones antipatrióticas, anexionistas, proimperialistas, incorregiblemente contrarrevolucionarias. Las que atentán contra la independencia, la integridad territorial, la soberanía y la paz. El enfrentamiento a esas tendencias es esencialmente político. Ahora bien, cuando sus expresiones sustituyen la protesta pacífica, auténticamente política, con actos delictivos, adoptando la beligerancia callejera, la violencia desmedida, la transgresión de las leyes, el vandalismo, la agresión a las autoridades, se

hacen objeto de la respuesta legítima necesaria para restablecer la paz y la tranquilidad, dentro de las reglas legales, por parte de las fuerzas de orden público, con el acompañamiento popular que merecen tales manifestaciones de anomia. Es ahí donde se aplica el principio de que la calle es de los revolucionarios.

7. El marco en que ha ido ocurriendo el estremecimiento en el consenso lo conforman muchos cambios. Se produjo el cambio general en el liderazgo de la Revolución. Existe un nuevo gobierno. Se cuenta con una economía mixta. Coexisten la tradicional empresa estatal socialista y las cooperativas, que ya tenían presencia, los trabajadores por cuenta propia, los denominados emprendedores y el sector privado. La discusión sobre el tema racial ha ganado cada vez más espacio, así como el relativo a la homosexualidad y la transexualidad, la emigración y el retorno de los que se fueron. No hay asunto que no se discuta por canales formales e informales, entre apoyos y críticas. El disenso es parte de la cotidianidad en la cultura política nacional. En la Constitución se reconoce el derecho a la libertad de pensamiento, expresión y palabra, de prensa y de asociación, con la condición de que se respete la legalidad y no se atente contra el orden público. El gobierno actual ha entronizado una política de mayor transparencia, con rendiciones de cuentas periódicas, reconociéndose y enfrentándose problemas asociados a la corrupción y al burocratismo. Ha estimulado la comunicación fluida y sistemática entre los niveles centrales nacionales (estatales, gubernamentales y partidistas) y los territoriales o locales, con cobertura mediática, sobre todo televisiva, propiciando espacios informativos y de diálogo con la población, en los que participan ministros y otros dirigentes que se han hecho conocidos y familiares al pueblo. Ha llamado al protagonismo de los científicos, muy notorio en el control de la pandemia, pero extendido al ámbito económico, social, jurídico y político, sin descuidar la atención a los jóvenes, la intelectualidad, los artistas, las instituciones religiosas y su feligresía.

8. La ausencia de la figura de Fidel Castro se ha hecho sentir, aunque la sucesión ha contado con legitimidad y orden, incluido el período de sustitución y de mandato de Raúl en las estructuras de poder en su máximo nivel, estatal y partidista. El establecimiento ulterior de un nuevo liderazgo, con Miguel Díaz-Canel, supone un cambio trascendental en la vida de la Revolución, pero ha tenido lugar sin traumatismo. En términos político-jurídicos se cuenta con una nueva Constitución, con un clima de flexibilización en terrenos de gran sensibilidad social, como el de la política migratoria, los negocios privados, regulaciones aduaneras, espacios para el debate público y la discrepancia en los medios intelectuales, en los que se discuten temas complicados, como el del racismo aún presente y los prejuicios relacionados con el sexo y el

género. Cuba venía enfrentando un desafío difícil en los últimos años asumido con firmeza por el actual gobierno, en circunstancias de crisis epidemiológica prolongada y de reforzamiento de la hostilidad de Estados Unidos. Desde que comienza su mandato en 2018, el presidente no ha dejado de insistir en la continuidad que representa su ejercicio como Jefe de Estado con respecto al de Raúl y Fidel, como los líderes históricos, pero en su actuación se aprecia, más allá de que cuente con el “capital político” de sus predecesores, la decisión de aportar con estilo propio a la unidad que acompaña a esa continuidad. Lo hace en un marco en el que bajo las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, el liderazgo de la Revolución Cubana enfrenta el reto del acceso creciente a internet, la telefonía celular, las noticias mundiales, las falsas incluidas, y permite la libre expresión a través de todos los medios públicos, incluidas críticas de todo tipo, dentro del respeto de la legalidad y de la paz.

9. La política norteamericana es un factor determinante de la dinámica política en la Isla. La Administración actual de Joe Biden mantiene las sanciones impuestas a Cuba por el gobierno de Trump, incluso en plena pandemia, y añade una política de presión máxima que empobrece al pueblo cubano, dificulta su alimentación, cuidado médico y bienestar general, bajo una cínica y perversa retórica discursiva que habla de intenciones de “ayudar”, mientras acosa al gobierno y no logra su objetivo declarado de lograr el “cambio de régimen”. Biden no es Trump ni Obama, pero toma de ambos. Reconoce que continuar las sanciones exagera la crisis. Insiste en que a menos que Cuba introduzca reformas en el sistema político y sus conceptos y prácticas sobre democracia y derechos humanos, compatibles con la visión imperial de Estados Unidos, no habrá cambio de política. En realidad, no quiere una revolución reformada, sino una revolución arrodillada.

10. La Revolución tiene el derecho a defender su poder y su legado, y el pueblo revolucionario tiene el deber de hacerlos valer. Ante esto último, por cierto, la legalidad revolucionaria, como legítima defensa, ha añadido recientemente un decreto-ley que penaliza el uso malsano de tales redes, atendiendo al rol protagónico que tuvieron al tergiversar la realidad, incitar al odio y utilizar la mentira con alevosía, con fines subversivos, contrarrevolucionarios. Cuba dispone de experiencia y reservas para preservar en su dinámica política el poder revolucionario, la unidad y la capacidad de resistencia, superar dificultades y errores, avanzar en lo posible, y rearticular el consenso, en una sociedad heterogénea y contradictoria y en un contexto de fortaleza sitiada. ☒

Jorge Hernández Martínez. Cubano, ensayista y profesor de Sociología y Ciencias Políticas. Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU). Presidente de la Cátedra “Nuestra América”, Universidad de La Habana.